El mosaico de la tortuga partida

Por Shyvirelle

El aguacero terminó antes de que abrieran la panadería. A esa hora, el patio de los almendros parecía recién lavado: el agua corría por las canaletas, las macetas rezumaban tierra y los vecinos se inclinaban sobre un mosaico azul y ocre al que todos llamaban «la tortuga».

Una línea oscura atravesaba el dibujo desde la esquina del muro hasta el borde del estanque seco. Un niño aseguró haber oído el golpe de una piedra durante la tormenta. Otro afirmó que faltaban tres piezas verdes. Cuando llegó Nuria, la restauradora a la que el barrio pedía ayuda con las cosas antiguas, ya había quien proponía levantar todo el mosaico para buscar las partes perdidas.

—Primero quiero saber qué se rompió —dijo Nuria.

Desde la entrada, la mancha ocre formaba un caparazón. Dos triángulos a la derecha parecían las patas de una tortuga avanzando hacia el agua. La grieta, justo en mitad de aquella curva, resultaba tan llamativa que Nuria comprendió el disgusto de los vecinos. Pero también observó que las piezas de cerámica permanecían enteras: lo negro entre ellas no era un hueco abierto en el suelo, sino la junta sin relleno.

Nuria se agachó para mirar la junta de lado. Bajo el borde de una tesela quedaba un hilo de barro seco y endurecido, protegido de la lluvia. Encima había salpicaduras aún húmedas. Para que el barro viejo hubiera llegado a ese borde interior, la junta ya tenía que estar abierta antes del aguacero.

—Parece que la línea estaba aquí desde antes —dijo.

—Entonces, ¿qué hizo la tormenta? —preguntó el panadero.

—Arrastró lo que la tapaba.

En algunos tramos quedaba pasta clara entre las teselas. En otros, la lluvia la había arrastrado y se veía la junta oscura. Nuria encontró una huella de zapato que cruzaba el tramo descubierto: el mismo dibujo de la suela aparecía a ambos lados y en el barro blando del fondo. Quien había dejado la huella pisó una junta que ya estaba abierta.

El niño que había oído el golpe bajó la mirada.

—Puede que fuera la tapa del cubo —admitió.

Nuria fotografió el detalle. Ninguna observación descartaba todas las posibilidades, pero las tres coincidían: el hueco ya existía, las piezas no faltaban y la tormenta había limpiado parte del cemento suelto.

Quedaba el dibujo. Cada vecino describía una tortuga distinta. El panadero recordaba una cabeza a la izquierda; la florista juraba que miraba a la derecha. Nuria les pidió que señalaran con un dedo el ojo y las patas. No pudieron ponerse de acuerdo.

En la esquina opuesta había un banco de hierro. Nuria se sentó allí, casi a la altura del suelo, y dejó que la perspectiva uniera las teselas sin el reflejo del agua. Desde ese lugar, el óvalo ocre no era un caparazón único. La mitad de la izquierda tenía pequeñas placas verdes que terminaban en una cabeza redondeada; miraba hacia el almendro. A la derecha, las teselas azules formaban un pez de

cola bifurcada que apuntaba al estanque. Sus cuerpos compartían una curva del contorno, y la junta central, antes disimulada por una pasta clara, marcaba la separación.

—Hay dos animales —dijo Nuria—. Una tortuga que sale y un pez que entra.

Los vecinos se acercaron al banco por turnos. Desde la entrada, los dos se fundían; desde el banco, la cola del pez aparecía nítida y la supuesta pata de la tortuga quedaba en su lugar. Nuria les pidió que regresaran al primer punto. El cambio era visible sin tocar nada. Ese pequeño viaje por el patio resolvió una parte del misterio mejor que cualquier explicación.

—¿Y por qué nadie lo vio antes? —preguntó la florista.

—Porque siempre nos parábamos en la puerta. Y porque alguien llamó tortuga al conjunto. Es una buena palabra para dejar de mirar las demás piezas.

La directora de la asociación vecinal buscó entonces el libro de obras que guardaban en una alacena. Había fotografías de la colocación de una fuente, presupuestos de jardinería y una hoja doblada que decía «Patio de los almendros, obra de Elvira Montes, 1986». Debajo había un dibujo a dos tintas: a la izquierda, una tortuga de agua; a la derecha, un pez. El título escrito por la autora era «Los que van y los que vuelven».

La hoja explicaba que el patio había sido un paso entre el barrio alto y los talleres del río. Elvira había elegido dos animales en direcciones contrarias para representar los recorridos de ida y regreso. No eran un símbolo oculto ni una adivinanza: estaban allí para quienes miraran desde más de un lado.

Nuria comparó el croquis con las teselas y con una foto de la inauguración. Coincidían la cola, el borde de la concha y hasta una pequeña piedra blanca junto al ojo del pez. El documento tenía fecha y firma; nada indicaba que el dibujo hubiera sufrido cambios posteriores. Bastaba para corregir la ficha del registro vecinal, aunque no para inventar una historia de la autora que ninguno conocía.

Esa tarde, Nuria preparó un informe sencillo: había que limpiar la junta, revisar si entraba agua por debajo y consolidar el relleno con un material compatible, sin levantar las piezas intactas. La reparación se programaría después de que el suelo terminara de secarse. Nadie volvió a hablar de buscar tres teselas desaparecidas.

La asociación colocó en el registro la fecha, el nombre de Elvira Montes y una reproducción de su croquis. Junto a la descripción añadió una indicación discreta: «Mirar también desde el banco opuesto».

Los días siguientes, los niños siguieron jugando a la tortuga. Algunos la veían desde la puerta y otros corrían hasta el banco para encontrar al pez. Nuria pasó una mañana de regreso y vio que la junta seguía a la vista, protegida mientras llegaba la restauración. Le pareció bien. El patio no había perdido una figura con el aguacero. Había recuperado la otra.